

EDIPO EN COLONO, EL AGÓN DE UN ÁTIMOS

MARÍA MAGDALENA ALIAU

Universidad Nacional de Rosario

(Argentina)

RESUMEN

Edipo en Colono presenta, por un lado, una *pólis* que evoca el tiempo mítico junto a la persecución del destino humano; por el otro, una Atenas que se funda sobre la ley de la justicia. Él llega a las fronteras de Atenas acompañado por Antígona, la única de los hijos consciente de la inocencia del padre. Edipo se declara *átimos*, sufre de *atimía*, situación límite e ignominia para los griegos, condición jurídica y moral de aquellos que han sido excluidos de la comunidad. Sobre su cuerpo, vivo o muerto, se juega la soberanía de Tebas: aquél que será capaz de gobernar lo ingobernable, de conducir la múltiple naturaleza humana a la unidad. Edipo representa la alteridad, está entre la *díke* mítica y la ley de la *pólis*, emergentes del *agón* con los otros personajes y el coro. Sobre su competencia y cooperación para amonestar dicha *pólis* trata este trabajo.

ABSTRACT

Oedipus at Colonus presents, on the one hand, a *polis* that evokes the mythical time along with persecution of human destiny; on the other hand, an Athens founded on the law of justice. He arrives in the frontiers of Athens together with Antigone; among his children she is the only one who is conscious about the innocence of her father. Oedipus declares himself *atimos*, suffers *atimia*, an extreme situation and ignominy for Greek

people, a legal and moral condition of those who have been excluded from the community. Over his body, whether alive or dead, the sovereignty of Thebes is put at risk: the one who shall be capable of governing the ungovernable, of leading the multiple human nature to unity. Oedipus represents alterity; he is between the mythical *dike* and the law of the *polis*, which result from the *agon* together with the other characters and the chorus. This work deals with the competence and cooperation to admonish such *polis*.

PALABRAS CLAVE:

Átimos-Atimía-Agón-Dike-Pólis.

KEYWORDS:

Átimos-Atimía-Agón-Dike-Pólis.

Si un dios lo manda, ningún mortal puede escapar.

El *Edipo en Colono* invierte el destino al cual los dioses, la maldición de Pólibo y el accionar de sus padres habían condenado al protagonista y, a diferencia del *Edipo rey*, donde Edipo no sabía, aquí, sabe. Se ha cegado a sí mismo, incapaz de tolerar la verdad que él estaba buscando, se ha convertido en un miserable *átimos*, como el mismo declara y reconoce al llegar a Colono, en las fronteras de Atenas, acompañado por Antígona, la única de los hijos consciente de la inocencia del padre.¹ Él se posiciona como suplicante ante las Euménides, los habitantes de Atenas y Teseo. Se enfrenta a Creonte y Polinices, y es el huésped de Colono, que va a morir dignamente sin que su cuerpo sea utilizado como

¹ Amato (2008: 44-52).

vehículo del poder. Acerca de la alteridad que representa Edipo para Colono, al estar entre la *díke* mítica y la ley de la *pólis* y las exigencias que esto implica; de su *agón* con los suyos, los otros personajes y el coro de ancianos atenienses; y sobre su competencia y cooperación para amonestar dicha *pólis* intenta dar cuenta este trabajo. En síntesis: la reivindicación de Edipo en la vida y en la muerte.

Sigamos, pues, a grandes rasgos, el texto. El *πλανήτην*, el *errabundo*, el extraviado Edipo entrando junto a su hija al bosque sagrado, al espacio de las Euménides, las honorables, las respetables. Él sabe que son los *forasteros*, *ξένοι* (v. 13) los extraños extranjeros que han llegado *para aprender*, *μανθάνειν* (v. 12) y *para cumplir*; para consumir, *τελεῖν* (v. 13) lo que oigan. Es ahí cuando las primeras palabras de su hija Antígona son *Edipo, desgraciado*, *ταλαίπωρ* Οιδίπους (v. 14), *sufriente, miserable, padre mío*. Juntos el ciego Edipo y su *ojo indefenso*, Antígona (v. 867).

Edipo se presenta ante el primer habitante de Colono que ha aparecido: *no me consideres indigno a mí, un vagabundo cual soy...* se declara *átimos*, sufre de *atimía*, situación límite e ignominia para los griegos, condición jurídica y moral de aquellos que han sido excluidos de la comunidad, un muerto político cuya *atimía* lo priva de los derechos de ciudadano y del derecho de hablar por sí mismo.

Es un *vagabundo*, un *ἀλήτης* (v. 50). Pero para el extranjero no lo es (v. 51). A ese otro le parece noble, aunque sin fortuna, sin suerte, *πλήν τοῦ δαίμονος* (v. 76). La vida de Edipo ha sido *desdichada*, angustiante, *ταλαίπωρον βίον* (v. 91) y aunque a este extranjero no le parezca indigno, es *el siervo de las mayores miserias de los humanos*, esclavo de la perversión, *μόχθος* (v. 105). A diferencia del *Edipo rey*, aquí el ciego ha aprendido, *mathein*, a ver y a ser precavido, a tener discreción, (vv. 115-116).

Es el que pide que no lo miren *como a un malvado*, un *ánomoi*, como a un impío fuera de la ley, ἄνομον (v.143), alguien del cual hay que alejarse con horror, como lo definirá el coro, ἀποστυγέω (v. 186), un *desdichado*, un pobre sufriente, τλάμων (v. 203).

Pero es este *átimos* el que luego de la súplica de su hija Antígona a los ancianos de Atenas argumenta, se defiende, apela y súplica a la famosa y gloriosa *pólis* (vv. 262-290). Es la *pólis* la que debe guardarlo, vigilarlo, protegerlo, κάκφύλασσε (v. 285); la que debe transformar a un ἀπόπτολις (v. 208), alguien fuera de la ciudadanía; en un ἔμπολιν (v. 637), en alguien perteneciente, integrado a la ciudad.

La llegada de Ismene no hace sino acrecentar la infelicidad, la exclusión del resto de este linaje, de este padre con sus hijas. Los términos del discurso de Ismena corroboran la desdicha y el relato sobre la rivalidad de sus hermanos expande la *atimía* a todo el grupo y a la misma Tebas. Los hermanos que con una *éris*, una discordia, una conflictividad sana, iban a dejar el trono a Creonte para no mancillar a Tebas (vv. 367-369) han continuado el *agón* hasta llegar a la ἔρις κακή, al enfrentamiento malvado, vicioso (v. 372), oponiéndose a Creonte y entre sí.²

Es aquí donde para nosotros se produce una instancia clave del texto, la *metabolé* del sufrimiento de Edipo a través de los oráculos en boca de Ismene. Son los mismos tebanos los que buscarán a Edipo, *vivo o muerto, para su bienestar* *¿Y a quién podría irle bien por mi pobre mediación*, dice él. *Dicen que en tus manos está su poder*, responde Ismene. Y Edipo reflexiona: *¿Cuándo ya no soy nada, entonces resulta que soy persona?* A lo que Ismene responde: *Ahora los dioses te encumbran y antes te perdían*, νῦν γὰρ θεοί σ' ὀρθοῦσι, πρόσθε δ' ὄλλυσαν (vv. 389-394). El *átimos* ha recibido el beneficio de los dioses, la reparación de alguien que no había actuado en oposición a la *pólis* por su propia voluntad sino

² Vernant, Vidal-Naquet (2002: 194).

por el designio de los dioses y el de los ciudadanos de su *démos*: Tebas. *Los hombres dependen más de sus circunstancias de lo que alcanzan a saber o quieren admitir*, dice James Redfield al comienzo de su libro sobre la tragedia de Héctor.³ Y en la *pólis* griega, descendiente de Homero, también se cumple.

Es la misma Ismene quién anuncia a Edipo que vendrá Creonte para establecerlo cerca de la tierra cadmea y poder dominarlo sin que Edipo pueda ser su propio dueño. Él, que no puede ser enterrado en tierra tebana porque enterrar a alguien que mató a uno de su sangre sería un acto de impiedad. Son los emisarios del Apolo délfico los que han transmitido el vaticinio que conocen sus propios hijos: Eteócles y Polinices que, como dice el mismo Edipo en la tragedia, no lo retuvieron ni salieron en su defensa cuando fue expulsado, *anástatos* (v. 429) y fue voceada su condición de desterrado, *φυγάς* (v. 430), sumado a su condición de *átimos* (v. 428), un muerto político. Lo dejaron sin una mínima palabra de aliento, vagando, *άλάομαι* (v. 444); proscrito, *φυγάς* (v. 444), desterrado, mendigo, *πτωχός* (v. 444), por siempre, *άλλ' ἔπους σμικροῦ χάριν / φυγάς σφιν ἔξω πτωχός ἠλώμην αεί* (vv. 443-444). Condiciones que enumeran las características de un *átimos*. Pero aquí, a diferencia de el mismo personaje en *Edipo rey*, el protagonista sabe que sabe, *ἐγῶδα* (v. 452) por ser capaz de oír, de escuchar, los oráculos, la mántica de su hija, y por meditar sobre las antiguas profecías acerca de mí que Febo hizo cumplir tiempo ha. (vv. 452-454). Si lo escuchan, si lo defienden los ancianos atenienses ayudados por las Euménides, será el salvador de la ciudad.

Inmediatamente y guiado por el corifeo, recibirá las instrucciones para el rito de expiación, los pasos que lo vuelven a colocar como suplicante, ayudado por el corifeo, y cuya secuencia será llevada a cabo por Ismene. Es él mismo, que recibe la colaboración del lugareño, que de este modo se incorpora a la ceremonia, integrándolo; y su hija, un miembro de su *génos*, es quién lo lleva a

³ Redfield (1992: 12).

cabo. Sin fuerza y sin vista Edipo no puede realizar los pasos del ritual, pero una de su estirpe lo va a cumplir, incorporando al poseedor de *atimía* al espacio sagrado de las Euménides, las benevolentes. Son ellas, Antígona e Ismene, una conteniendo al padre, la otra ejecutando el pasaje, los bastones del héroe y del rito purificador que lo limpiará de su *atimía*

Edipo vuelve a reclamar al coro que no exhiba los vergonzosos hechos que él ha padecido, ἀναιδής (v. 516), pero es el mismo coro el que reclama que el héroe vuelva a poner en palabras lo sucedido y quiere escuchar los repetidos y los incesantes rumores de la boca de Edipo, suplicándole a su vez que lo haga. Como en una sesión de psicoanálisis es el poner en palabras lo sucedido lo que, a nivel individual, permitirá la purificación-expiación, en un diálogo pausado con el coro. Él ha cometido el delito involuntariamente, ἀέκων (v. 521). Es la misma ciudad de Tebas la que lo ha llevado a ello (vv. 525-526).

El coro sigue preguntando y Edipo responde. De la madre común han nacido las dos hijas, dos desgracias, sigue el análisis. El coro reconoce el sufrimiento de Edipo, y él mismo lo reconoce. El coro pregunta ¿Has hecho? No he hecho, responde Edipo. *Accepté un don [...] de la ciudad* (vv. 539-541) Es la misma *pólis* la que también sin saberlo ha provocado el incesto. El coro sigue preguntando y el siguiente tema es el parricidio. Herida sobre herida (vv. 542-548). Pero es allí en donde llegamos a la justificación de Edipo, a la expoliación necesaria, ya que sin saber mató y destruyó. El sabe que está libre ante la ley porque lo ha hecho sin haberlo premeditado, por ignorante, por no saber (vv. 547-548). Porque el que veía no veía y ahora el que no ve, ve; agregamos nosotros.

La llegada del mítico rey de Atenas cierra la autodefensa de Edipo. Teseo reconoce a Edipo, su historia, su aspecto y su rostro lamentable, su *atimía* visible se lo corrobora. El rey está dispuesto a escuchar y compadece al suplicante, uniéndose a él: ambos han sido educados en el destierro (v. 563), ambos han

sido extranjeros y marginados, segregados de su *génos*, en desventaja con los ciudadanos. Teseo también se une a Edipo en su humanidad, ambos son mortales, efímeros (vv. 567-569), reconociendo lo impredecible del destino humano.⁴

La anagnórisis de Teseo es reafirmada por Edipo (vv. 569-574), quién expresará su deseo, darle el don de su desgraciado cuerpo (v. 576), *átimos* para quién lo ve, que se muestra a la vista sin belleza, pero es beneficioso para Teseo, aunque no tenga buen aspecto (v. 578). El expulsado de su lugar por sus propios hijos, por su propia semilla (vv. 599-600), no es un inútil habitante, *ἀχρεῖος* (v. 628) Aquél a quien se ha respondido con hospitalidad, se ha presentado como suplicante y va a dar su tributo a Atenas; va a ser reubicado en esa región como ciudadano (vv. 634-637), custodiado (v. 639); puede elegir (v. 640). Edipo elige permanecer en ese espacio para vencer a los que lo han expulsado, a los que han acrecentado su condición de *átimos*. Ambos, Teseo y Edipo, se han reconocido y se respaldan mutuamente (vv. 647-669).

En el siguiente estásimo se describe y alaba la excelencia de la región a la que ha llegado Edipo (vv. 668-719), comparable a los versos que hablan de Atenas en la *Medea* de Eurípides, y corroborada por Antígona como la más digna de ser celebrada (vv. 720-721) que anuncia, además, la llegada de Creonte (v. 723). Es este mismo quien intenta persuadir a Edipo para que lo siga a la tierra cadmea (v. 36), quien le pide al infortunado que lo escuche (v. 740), al desventurado, *dýsthenos*, en tierra extraña (v. 745) para que consienta en volver a su ciudad (v. 757). Pero Edipo sabe que es el mismo Creonte quien lo echó y arrojó del palacio (v. 770), quién esconde sus crueles propósitos con suaves palabras (v. 774). Creonte solo obtendrá su maldición, el espíritu vengador de Edipo y la muerte de sus hijos en Tebas (vv. 786-790). Creonte sigue discutiendo y descalificando a Edipo (vv. 804-805), pero para Edipo la palabra que fascina y

⁴ Dover (1994: 272).

asombra no siempre es la justa (vv. 806-807). La terrible escena culmina con el secuestro de las hijas de Edipo por parte de Creonte, ante lo cual el mismo coro invoca a los habitantes porque la ciudad es aniquilada por la violencia (vv. 843-844). Antígona es conducida por la fuerza mientras Creonte dice que eso lo hace por la patria y los parientes, reprochándole a Edipo su cólera actual (vv. 849-855) y la cólera anterior, la que ya habíamos conocido en *Edipo rey* contra Tiresias (v. 345), contra Layo (v. 807), contra Yocasta (v. 1067) y contra sí mismo (v. 1268).

Un poco más adelante Edipo sintetiza la violencia que él ha recibido (vv. 891-892). Y el mismo coro grita convocando a los habitantes porque la ciudad es arrasada por la violencia (vv. 842-843). Creonte y su accionar son otro tipo de peste, atacan a toda la población, la contaminan como el mismo Creonte está contaminado.

El retorno de Teseo comienza a reorganizar la situación, ordena el rescate de las hijas de Edipo y enuncia un discurso político (vv. 897-936), donde su ciudad, Atenas, *observa la justicia*, no realiza nada fuera de la ley ni desprecia las leyes vigentes (vv. 913-914). Acusa a Creonte y lo trata como a un meteco, μέτοικος (v. 934) que no sabe cumplir las leyes que corresponden al extranjero entre los ciudadanos (v. 929). Creonte utiliza el mejor discurso de la persuasión señalando a Edipo como parricida, πατροκτόνον (v. 944), impuro, κάναγνον (v. 945), y con bodas impías, ἀνόσιοι (v. 946) en la relación con sus hijos; apelando al tribunal del Areópago para que lo justifique. Y Edipo ataca a Creonte señalándolo como un arrogante desvergonzado (v. 960) y vuelve a defenderse por el asesinato, el casamiento y las desventuras que ha padecido contra su voluntad (vv. 962-964). Son los dioses los que lo han querido, los que lo han hecho seguir ese camino (v. 964). Aunque lo siga torturando lo sucedido no ha sido hecho por su voluntad y, por lo tanto, no es culpable, ni de las bodas

ni del asesinato (vv. 985-990). Creonte no es justo (v. 1000), no tiene *dike* al juzgarlo. Es a Zeus, como dice el coro, a quién le correspondes terminar con todo, el que tiene el poder de la mántica (vv. 1078-1079), anticipando lo que sucederá con Polinices y Etéocles. Sobre el cuerpo de Edipo, vivo o muerto, se juega la soberanía de Tebas: aquél que será capaz de gobernar lo ingobernable, de conducir la múltiple naturaleza humana a la unidad.⁵ Pero Edipo va a otorgar su cuerpo a Atenas.

Es a Teseo, metonimia de Atenas, al que agradece Edipo el rescate de sus hijas. Ahí ha encontrado piedad, honradez y ausencia de falsía (vv. 1126-1127). Pero un *átimos* es intocable (vv. 1131-1138), no puede tener un contacto físico con Teseo, solo puede aspirar a su justa protección (v. 1138). Teseo cierra su respuesta como el verdadero rey de Atenas que es: El ser humano no debe menospreciar ningún asunto (v. 1154), anunciando la llegada de un hombre del *génos* de Edipo (vv. 1156-1157), que pide hablar con Edipo, pide la palabra (vv. 1161-1162). Palabras que Edipo no soporta (vv. 1173-1174), de alguien cuya voz es odiosa al padre (vv. 1177-1178) ya que como él mismo se ha dado cuenta el que llega es Polinices. La intervención de Antígona, hábil mediadora, termina convenciendo a Edipo ¿Qué puede perder con escucharlo? Ya que los hechos que buscan el mal se conocen a través de la palabra (vv. 1186-1189). Aludiendo a la ceguera de Edipo, que connota no solamente lo físico sino también la incapacidad interior de ver que ella le advierte. Antígona apela a la justicia ante el suplicante, al reconocimiento y correspondencia del bien que ha recibido Edipo con lo cual cierra su pedido (vv. 1200-1204). Ha triunfado la persuasión de la palabra.

El coro, en un magnífico *impasse*, reflexiona sobre la fugacidad de todo, y lo imprevisto de la Moira que llega con la muerte a poner el fin. (vv. 1221-1223). Lo mejor es no haber nacido (v. 1225). El peso de la condenación mítica de la

⁵ Amato (2008: 44-52).

vida, tal como aparece a los ojos ciegos del parricida, se confirma en estos versos que pronuncia el coro testimoniando su efecto despiadado sobre el hombre (vv. 1225-1238).⁶ Vivimos moviéndonos tumultuosamente (vv. 1241.1243), hundidos en la noche (v. 1248).

La entrada de Polinices, vacilante e inseguro, nos anticipa el ámbito en que se va a desarrollar la violenta discusión., gimiendo ante sus propias desgracias, las de sus hermanas y las de su padre (vv. 1255-1257). El retrato que hace de su padre es el de un *átimos*: desterrado, mugriento, marchitándose, ciego, despeinado, hambriento. (vv. 1258-1263) La mirada denigratoria con la cual Polinices retrata a Edipo se opone a la piadosa mirada de Ismene cuando se reencuentra con su padre (vv. 325-327) Pero Edipo no responde, lo trata también como a un *átimos*, sin palabras ni reproches, como se inculpa el mismo Polinices, ἀτιμάσας (v. 1273) Y es el mismo ἄτιμον (v.1278). Polinices el que le suplica que no le deje ir así, sin una palabra La defensa no se hace esperar y es en la voz de Antígona donde se reconoce la fuerza de las palabras, las que producen placer, furia o compasión (vv. 1280-1283); son ellas las que dan la voz, la posibilidad de ser escuchados y comunicarnos, decimos nosotros.

Polinices quiere poder hablar y escuchar. Él también ha sido expulsado, él también es un desterrado (v. 1291), la maldición de la Erinis de Edipo, la maldición a Layo, llega hasta él y nos damos cuenta que la *atimía* se expande a todo el *génos*. A pesar de la súplica la respuesta de Edipo es terrible, el mismo Polinices ha sido el que expulsó y desterró a su padre, el que le ha hecho llevar esos andrajos (vv. 1356-1357), haciéndolo vivir en la miseria, quien lo ha convertido en un vagabundo y un pordiosero (vv. 1362-1364). Y es en la respuesta dolorosa de Polinices donde encontramos la reparación de la *atimía*, él vuelve a suplicar a sus hermanas que no permitan que sea deshonrado ἀτιμάσητε (v. 1409), que sea un indigno, y lo depositen en una tumba

⁶ Amato (2008: 44-52).

rindiéndole los honores fúnebres (vv. 1409-1410). Es la muerte con dichos honores fúnebres uno de los caminos de la reparación de la *atimía*, es la misma muerte la que repara nuestra existencia, como ya había anticipado el coro (vv. 1226).

Sin embargo, la imagen patética de Polinices moviendo a la piedad se modifica pocos versos más adelante cuando dice que no va a decir a los suyos el futuro funesto profetizado por Edipo (vv. 1429-1430), como antes Creonte había pretendido engañar a Edipo (vv. 860-861). Ambos utilizan la palabra mentirosa, para engañar (*pseudós*), ambos traicionan, uno a su ejército, el otro a Edipo. Por lo tanto, es totalmente coherente que Edipo, en su maldición, invoque a las *obreras de la justicia*, *Praxidikai*, las Erinias, que ponen en acción dicha justicia. Sin embargo, es la Moira la que dispondrá todo (v. 1450).

La tormenta que describe el coro (vv. 1463-1471) es la música, el ruido estridente (ὄτοβος: v. 1477), el cimbronazo que anticipa la muerte de Edipo, lo grave que va a sobrevenir (vv. 1470-1471). Edipo ha llegado a su momento clave, al último *agón* y no quiere morir defraudando a Teseo ni a la ciudad (vv. 1508-1509). Las cosas sagradas son inefables, para ellas la palabra no alcanza (vv. 1526-1528). La admonición a Teseo sobre las ciudades que escapan a las leyes es impecable. Los dioses saben cuando alguien ha despreciado las normas divinas (vv. 1535-1539). Las últimas palabras de Edipo auguran la felicidad y el éxito, y pide que lo guarden en su memoria para una felicidad duradera. (v. 1555)

Sófocles distancia lo terrible de la muerte. El resto del relato corresponde al Mensajero. Él nos cuenta sobre la purificación, Edipo despojándose de las mugrientas ropas de la *atimía*; lavándose, realizando las libaciones. Hasta su descripción de la colina de Deméter, la que da el verde a los campos, contribuye a la pacificación (vv. 1597-1603). La satisfacción de lo realizado lo alcanza, todo

se ha cumplido (vv.1604-1605). Una sola palabra del anciano a sus hijas redime de los sufrimientos que han padecido: el Amor que ha tenido por ellas (vv. 1615-1619). El poeta nos coloca ante la incertidumbre de las distintas visiones de su muerte, como incierta es la muerte que tendremos. Edipo no ha sufrido, ha tenido una muerte admirable, θαυμαστός (v. 1665), única, una *kálos thánatos* como bella era la muerte de los guerreros en combate en *Iliada*. Aunque ninguno esté al abrigo de los males (v. 1722), todo ya se ha hecho (v. 1720); πάντως γὰρ ἔχει τάδε κῦρος (v. 1277). Edipo ha recorrido su camino. Y son tal vez los versos de Borges los que cierran mejor esta lectura:

Somos Edipo y de un eterno modo
la larga y triple bestia somos, todo
lo que seremos y lo que hemos sido.
Nos aniquilaría ver la ingente
forma de nuestro ser; piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido.

BIBLIOGRAFÍA

- AMATO, P. (2008) *Antigone et Platon. La "biopolitique" Dans la pensée antique*.
París.
- REDFIELD, J. (1992) *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Iliada*.
Barcelona.
- SARAVIA DE GROSSI, M. I. (2007) *Sófocles. Una interpretación de sus tragedias*. La
Plata.
- SOPHOCLE (1960) *T. III*. Paris.
- SÓFOCLES (2006) *Tragedias*. Barcelona.
- VERNANT, J-P. VIDAL NAQUET, P. (1989) *Mito y tragedia en la Grecia antigua*.
II. Madrid.